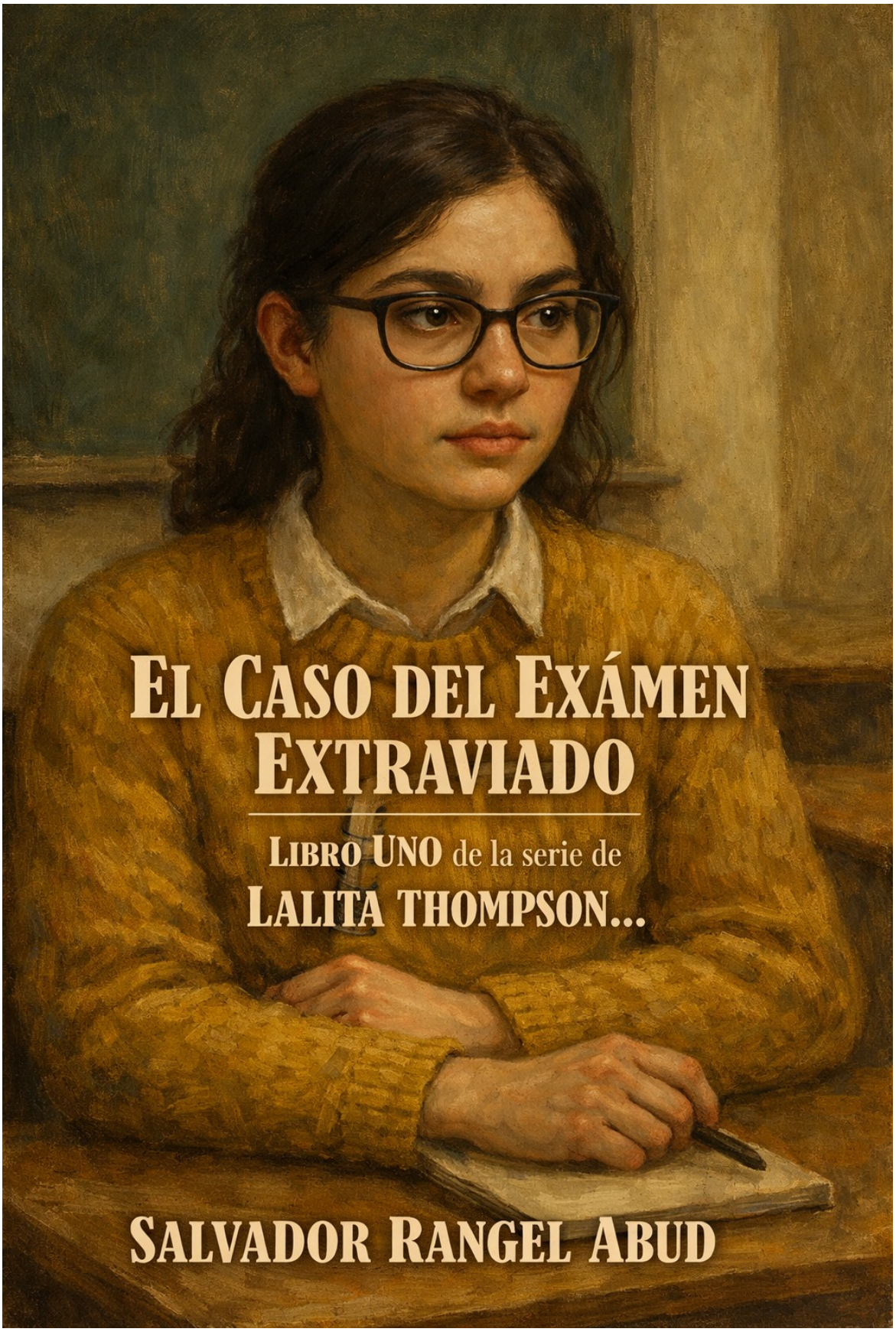
El Caso del Exámen Extraviado
Libro Uno de la serie de
Lalita Thompson...
Salvador Rangel Abud

EL CASO DEL EXAMEN EXTRAVIADO

Primera aventura de Eulalia "Lalita" Thompson

SINOPSIS

En la Universidad Nacional del Valle del Anáhuac, conocida por sus cafeterías con nombre francés y su rector que da conferencias sobre ética desde un helicóptero, los exámenes finales de Psicología Experimental II desaparecen misteriosamente del despacho del profesor Miranda. El campus entra en caos: rumores, teorías conspirativas y señalamientos cruzan los pasillos con más velocidad que cualquier hecho verificable.

Eulalia "Lalita" Thompson, estudiante de primer año con una libreta amarilla, un café que siempre se le enfría y una mente que no puede dejar un misterio sin resolver, decide investigar por su cuenta. Lo que parece un simple extravío administrativo se convierte en un mapa de ansiedades, egos y secretos entrelazados que revela, sobre todo, una verdad incómoda: la mayoría de los crímenes no los cometen los villanos, sino las personas ordinarias que actúan por miedo, orgullo o amor mal dirigido.

GÉNERO Y SUBGÉNERO

Ficción juvenil, Misterio universitario, Comedia de costumbres académicas

PERFIL DE LA PROTAGONISTA

Eulalia "Lalita" Thompson, 18 años, estudiante de primer año de psicología en la UNVA. Hija de un ingeniero metódico y una abogada perspicaz, heredó de ambos lo mejor y lo más complicado: la capacidad de encontrar patrones donde otros ven caos, y la dificultad de dejar cualquier cosa sin resolver. Tiene un TOC funcional que se manifiesta en pequeñas obsesiones cotidianas —la libreta siempre en página impar, el café siempre en el mismo lugar, las notas siempre en orden— y que, lejos de ser un defecto, es su herramienta más poderosa. Observa a las personas con la misma atención con que un científico observa un experimento: sin juzgar, sin apresurarse, con curiosidad genuina y sarcasmo bien calibrado.

Su mejor amiga y cómplice involuntaria es **Zoé**, estudiante de sociología que aporta el sentido común que Lalita a veces olvida y la lealtad que ningún método puede reemplazar.

TEMÁTICA CENTRAL

La novela explora, con humor y agudeza, cómo las instituciones amplifican las neurosis individuales: el miedo al fracaso, el amor no correspondido, la soledad disfrazada de arrogancia y la inseguridad escondida detrás de la autoridad. A través de un misterio aparentemente menor, Lalita descubre que los crímenes más comunes no son los que planean los malvados sino los que cometen las personas buenas cuando no saben cómo pedir ayuda, decir lo que sienten o aceptar sus propios errores.

MENSAJE IMPLÍCITO

Ser diferente —pensar distinto, ver el mundo con más detalle que los demás, necesitar orden donde otros ven ruido— no es una desventaja. Es una manera particular de estar en el mundo que, bien entendida, se convierte en fortaleza. Lalita no encaja del todo en la UNVA, y eso es exactamente lo que la hace indispensable.

ESTRUCTURA Y EXTENSIÓN

La novela se compone de un prólogo general de serie, ocho capítulos de aproximadamente 1,500 palabras cada uno, y un epílogo que prepara al lector para la segunda entrega. Extensión total aproximada: 14,000 palabras. Ritmo ágil, capítulos autocontenidos que avanzan la trama de manera acumulativa, con un cierre emocional satisfactorio y un anzuelo narrativo hacia el siguiente caso.

PÚBLICO LECTOR

Lectores jóvenes de 12 años en adelante con gusto por la literatura inteligente y el humor bien construido. La novela no subestima a su lector: asume curiosidad, capacidad de reflexión y aprecio por los personajes con profundidad real. Especialmente recomendada para jóvenes que se identifican con pensar diferente, observar más que participar, o encontrar en los libros el espacio donde el mundo tiene sentido.

VALOR LITERARIO Y EDUCATIVO

Sin ser didáctica, la novela introduce de manera natural conceptos de psicología conductual, psicología social y análisis del comportamiento humano. El lector aprende junto a Lalita a distinguir culpa de responsabilidad, ansiedad de intuición, arrogancia de soledad. Los mecanismos de propagación del rumor, la transferencia de culpa institucional y la lógica del amor no correspondido se exploran con rigor accesible y humor genuino.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración hospitalaria y doctorando en ciencias.

Es también escritor aficionado con más de cien novelas publicadas en distintos géneros, en las que combina su formación científica con su vocación narrativa para crear obras que entretienen y enseñan al mismo tiempo. La serie de Lalita Thompson nace de su convicción de que la mejor literatura juvenil no simplifica el mundo: lo revela.

PALABRAS CLAVE

Ficción juvenil, Misterio universitario, Psicología conductual, TOC funcional, Investigación, Universidad, Rumores, Amor no correspondido, Culpa y redención, Instituciones, Comportamiento humano, Serie de novelas, Literatura para jóvenes, México, Campus universitario, Detectives aficionados

NOTA DE PUBLICACIÓN Y LICENCIA

Esta obra se publica en acceso abierto a través de Internet Archive como parte del compromiso del autor con la democratización de la lectura y el acceso libre a la cultura.

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud © Licencia Creative Commons CC BY-NC-ND 4.0 *Atribución. No Comercial. Sin Derivadas*

Usted es libre de descargar, almacenar y distribuir esta obra, siempre que: — Se acredite al autor (Salvador Rangel Abud) de manera apropiada. — No se utilice con fines comerciales. No se modifique, adapte ni genere obra derivada a partir de este material.

Para consultar el texto completo de la licencia:

https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.e

CITA REPRESENTATIVA

"La pérdida de un examen no es un misterio de objetos, sino de motivaciones. Cuando un documento desaparece, lo hace porque alguien teme o desea lo que contiene." — Eulalia "Lalita" Thompson, libreta amarilla, página 7

PRÓXIMA ENTREGA

"La tesis fantasma" — Segunda aventura de Lalita Thompson

Cuando la tesis doctoral del doctor Fuentes desaparece sin dejar rastro —ni en el sistema, ni en el archivo, ni en la memoria de quienes dicen haberla visto—, Lalita se adentra en un mundo donde el plagio, el síndrome del impostor y los egos académicos se mezclan de maneras

inesperadas. Porque a veces lo que desaparece no son los documentos. Es la cordura colectiva de quienes los rodean.

MENSAJE FINAL

El inconsciente grita. La mayoría de las personas no lo escucha. Lalita Thompson aprendió desde muy joven a prestarle atención, y eso la convierte en la investigadora más improbable —y más efectiva— de la UNVA.

Esta es su primera historia. No será la última.

INDICE

Prólogo: Conoce a Eulalia “Lalita Thompson”

Capítulo 1. El síndrome del examen perdido

Capítulo 2. El profesor del misterio

Capítulo 3. Sospechosos, teorías y neurosis

Capítulo 4. La pista del café frío

Capítulo 5. Los ecos del rumor

Capítulo 6. La psicología del culpable

Capítulo 7. Basura, culpa y redención

Capítulo 8. Informe de campo: la mente humana y sus absurdos

Epílogo. El caso siguiente

Prólogo de serie

Conoce a Eulalia "Lalita" Thompson

Hay personas que miran el mundo y lo ven tal como es. Y hay personas que lo miran y ven todo lo que el mundo no dice.

Eulalia Thompson pertenece al segundo grupo. Siempre ha pertenecido a él.

Tiene dieciocho años, una libreta amarilla de pasta dura que nunca abandona, y una taza de café que invariablemente deja enfriar porque se distrae observando a la gente. Creció en una familia de clase media en la Ciudad de México, hija de dos profesionistas que le enseñaron, sin proponérselo, las dos cosas más útiles que puede saber una persona: que el mundo tiene reglas, y que las reglas nunca cuentan toda la historia.

Su padre es ingeniero. Ordenado, metódico, fan de las listas y los procedimientos. Su madre es abogada. Perspicaz, argumentativa, capaz de encontrar el punto débil de cualquier razonamiento en menos de treinta segundos. Lalita heredó algo de cada uno, lo mezcló a su manera, y el resultado fue una chica que clasifica a las personas igual que su padre clasifica planos de construcción, y que escucha los silencios igual que su madre escucha los testimonios.

Con ellos se lleva bien. Con matices, claro, porque Lalita tiene dieciocho años y los dieciocho años son, por definición, un territorio de fricciones necesarias. A veces su madre le dice que piensa demasiado y su padre que habla muy poco. Ambos tienen razón y ambos se equivocan. Esas contradicciones son parte del trato familiar, y Lalita las acepta con la

misma ecuanimidad con que acepta el resto de las paradojas humanas: anotándolas mentalmente y siguiendo adelante.

Estudia psicología en la Universidad Nacional del Valle del Anáhuac, la orgullosa UNVA, no porque alguien se lo haya sugerido sino porque desde niña tuvo una certeza incómoda: la gente miente. No siempre con palabras. A veces con gestos, con silencios, con la manera en que miran hacia otro lado justo cuando más deberían mirar de frente. Lalita quería entender ese mecanismo. Quería saber por qué las personas hacen lo que hacen aunque saben perfectamente que no deberían. La psicología le pareció la disciplina más honesta para responder esa pregunta, aunque con el tiempo descubrió que la psicología también tiene sus propias mentiras. Las estudia con el mismo interés.

Tiene, además, algo que ella misma describe con una mezcla de orgullo discreto e irritación cotidiana: un Trastorno Obsesivo Compulsivo funcional. No es grave, no interfiere con su vida de manera dramática, pero está ahí. Se manifiesta en pequeñas cosas: necesita que las cosas estén siempre en el mismo lugar, que los libros estén alineados por altura en su estante, que las entradas de su libreta comiencen siempre en el segundo renglón, que su café esté preparado exactamente igual cada mañana aunque luego se le enfríe por distraída. Le molesta cuando las conversaciones quedan inconclusas. Le molesta más cuando las explicaciones no son completas. Y le resulta físicamente difícil dejar un misterio sin resolver, no por ambición ni por afán de protagonismo, sino porque su mente simplemente no cierra el archivo hasta encontrar la respuesta.

Esa última característica es, en buena medida, lo que la convierte en investigadora casual, como a ella le gusta llamarse.

No se llama a sí misma detective porque le parece un término pretencioso para alguien que solo lleva un semestre en la universidad. Prefiere decir que es una observadora con tendencias analíticas y demasiado tiempo libre. Sus conclusiones, sin embargo, suelen ser más precisas que las de personas con títulos mucho más largos.

En la UNVA conoció a Zoé, su mejor amiga y cómplice involuntaria. Zoé estudia sociología, sueña con dirigir algún día una producción audiovisual de impacto político, y tiene el don poco común de seguirle el ritmo a Lalita sin perder el suyo propio. Se conocieron en la fila del primer día de inscripciones, cuando Lalita le señaló que había una inconsistencia evidente en el formulario que ambas estaban llenando y Zoé, en lugar de ignorarla como todos los demás, respondió: "Tienes razón, qué fastidio." Desde entonces son inseparables. Zoé aporta el sentido común que Lalita a veces olvida, y Lalita aporta la claridad analítica que Zoé necesita cuando el mundo le parece demasiado caótico. Se complementan bien, aunque ninguna de las dos lo admitiría fácilmente.

Las historias que siguen, comenzaron a ocurrir durante el primer año universitario de Lalita Thompson. No son historias de grandes crímenes ni de villanos sofisticados. Son historias de personas comunes cometiendo errores comunes por razones que, bien miradas, siempre tienen una lógica interna. Lalita lo sabe. Por eso no juzga, solo observa. Y por eso sus conclusiones, cuando llegan, suelen sorprender a todos… menos a ella.

Porque su inconsciente grita.

Y Lalita Thompson aprendió desde muy joven a escucharlo.

¿Quieres escucharlo tú también…? Adelante, si sigues leyendo lo harás.

Capítulo 1

El síndrome del examen perdido

El lunes amaneció con un aire de conspiración y un sol excesivamente honesto para tanta mentira circulando en los pasillos de la Universidad Nacional del Valle del Anáhuac. Desde temprano, el rumor se extendió como incendio en pradera seca: los exámenes finales de *Psicología Experimental II* habían desaparecido del despacho del profesor Miranda.

La UNVA era famosa por muchas cosas —sus cafeterías con nombres franceses, sus clubes estudiantiles de dudosa utilidad, su rector que daba conferencias sobre ética mientras viajaba en helicóptero—, pero nunca por perder un examen. Aquel suceso, por lo tanto, no era un accidente sino una afrenta al orden jerárquico del lugar.

Eulalia Thompson llegó al campus con su café tibio y su libreta amarilla de notas. Observó el revuelo con esa mezcla de ironía y curiosidad que solía reservar para los desastres humanos. Ya en el jardín central escuchó tres versiones distintas del mismo suceso, pronunciadas casi al mismo tiempo por tres personas que no se conocían entre sí.

—Dicen que los exámenes fueron robados para vender las respuestas en un grupo secreto de WhatsApp —susurró una estudiante de cabello planchado, de esas que nunca saben si estudiar o posar.

—Nada que ver —respondió otro—. Fue el profesor Miranda, que se le olvidaron en el coche. Anda con problemas de memoria, pobre.

—Por favor, fue la becaria —añadió una tercera, con gesto de suficiencia —. Todos saben que está despechada porque el profesor la dejó plantada en el coloquio de neurociencias.

Lalita sonrió sin participar. En su mente, el diagnóstico fue inmediato: etapa uno del caos colectivo. Proyección. Todos culpan al reflejo de su propia ansiedad.

Anotó tres rayas en su libreta —una por cada versión— y siguió caminando.

Cuando llegó al edificio de Humanidades se topó con Zoé, su mejor amiga y eterna cómplice. Zoé estudiaba sociología pero en el fondo soñaba con dirigir una telenovela política. Estaba recargada en la puerta con cara de catástrofe inminente.

—Lali, esto es una tragedia académica —dijo con solemnidad—. Si desaparecieron los exámenes, van a reprogramar las fechas, y eso arruinará mis vacaciones en Tulum.

—¿Y si el universo intenta evitarte un bronceado innecesario?

—No bromeo. El decano va a tener un ataque de ansiedad y culpará a todos los alumnos.

—¿Y si fue el decano? —preguntó Lalita con fingida inocencia.

—¿El decano? No sería capaz.

—Claro que sí. Nadie con esa sonrisa de dentista jubilado es inocente.

Zoé suspiró y decidió dejar de discutir. Sabía que cuando Lalita entraba en modo analítico era inútil contradecirla.

El profesor Miranda llegó tarde a clase, como siempre. Era un hombre de unos cincuenta años, con barba desaliñada, cabello rebelde y una camisa que alguna vez había sido blanca. Tenía la expresión de quien ha olvidado su propia vida en un cajón junto a los papeles del semestre.

—Compañeros —anunció con voz solemne, dejando caer su portafolio sobre la mesa—, tengo malas noticias.

El aula entera se inclinó hacia adelante.

—Los exámenes finales... han desaparecido.

Un murmullo recorrió las filas de butacas, seguido de risas nerviosas y exclamaciones fingidas de horror.

Lalita, desde la tercera fila, cruzó los brazos y lo observó con atención. El profesor se frotaba el cuello cada vez que pronunciaba la palabra "exámenes", un gesto que la literatura conductual asocia inequívocamente con ansiedad o culpa reprimida. Lo anotó.

—¿Y cómo desaparecieron, profesor? —preguntó una voz desde el fondo.

—No lo sé. Los dejé el viernes en mi escritorio, bajo mi taza de café y sobre... bueno, sobre mis preocupaciones existenciales.

—Eso suena a diagnóstico más que a explicación —murmuró Lalita.

El profesor la oyó, pero fingió no hacerlo.

—He revisado todo: cajones, archiveros, hasta la papelera. Nada. Es un acto de sabotaje.

El delegado del grupo levantó la mano con una sonrisa que parecía de alivio.

—¿Significa que no habrá examen?

—¡Por supuesto que sí habrá! —replicó Miranda indignado—. Los reharé si es necesario. Pero esto... esto no quedará así.

Lalita levantó una ceja. Etapa dos del caos colectivo: histeria compensatoria. Nadie sabe qué hacer, así que actúan con exceso.

Cuando la clase terminó, se acercó al escritorio del profesor.

—Profesor, disculpe que lo moleste, pero me interesa su caso.

—¿Mi caso? —repitió él, confundido.

—Sí. Desaparición de documentos académicos en circunstancias ambiguas. Un ejemplo fascinante de comportamiento reactivo institucional.

—¿Está diciendo que soy un ejemplo clínico?

—Solo si insiste.

Miranda suspiró.

—Si tiene preguntas, hágamelas rápido.

—¿Alguien más tiene acceso a su oficina?

—El intendente y la becaria. Ella entró el viernes, necesitaba usar la impresora.

—¿Y dejó la puerta abierta?

—Probablemente. Pero en esta universidad todos confían en todos.

—Eso ya es un síntoma —murmuró Lalita, anotando algo en su libreta.

Esa tarde decidió inspeccionar el despacho. La oficina del profesor Miranda era un homenaje al desorden: libros apilados sin criterio, carpetas abiertas, tazas con café seco y el cadáver de una planta que parecía testigo de siglos de negligencia. Lalita entró con la misma calma con que un médico entra a una sala de urgencias: sin prisa y sin asombro.

En el escritorio, una marca circular de café resaltaba sobre la madera. Alrededor, motas de tinta y un ligero olor metálico. Pasó el dedo por el borde: tinta de impresora, vieja y ligeramente reseca.

—Interesante —susurró.

—¿Buscando pruebas o inspiración? —preguntó una voz detrás de ella. Era el intendente, don Celestino, con su escoba en mano y una expresión entre divertida y suspicaz.

—Depende. ¿Qué tan observador es usted, don Celestino?

—Lo justo. El viernes vi entrar y salir a media facultad. El profe dejó la puerta abierta.

—¿Quién fue el último en irse?

—La becaria. Llevaba una carpeta y decía que iba a fotocopiar. Después, nadie más entró.

—¿A qué hora fue eso?

—Cerca de las siete. Yo cerré el edificio a las ocho.

Lalita agradeció la información y salió pensativa.

Esa noche, en la cafetería "Le Pavillon" —que servía croissants bastante mediocres en sabor y consistencia, pero con nombres en francés—, se reunió con Zoé.

—Entonces, ¿la becaria es culpable? —preguntó su amiga.

—No necesariamente. Pero si llevó los exámenes a la fotocopiadora, existe una posibilidad: que los haya dejado ahí.

—¿Y si alguien los tomó después?

—Entonces tenemos un ladrón dentro del edificio. O un perfeccionista con tendencias obsesivas.

Zoé la miró boquiabierta.

—A veces me asusta cómo funciona tu cabeza.

—A mí también —respondió Lalita—, pero te aseguro que al menos es entretenida.

De regreso a su dormitorio, abrió la libreta y revisó sus notas: el profesor niega su responsabilidad, pero muestra signos de culpa. La becaria tuvo acceso. El intendente confirma que hubo desplazamiento físico del material. Tinta vieja: indicio de una impresora en mal estado.

Conclusión temporal: pareciera que el crimen fue logístico, no intelectual.

Mientras escribía, llegaron gritos del pasillo. Al parecer el rumor del "robo de los exámenes" había mutado: ahora decían que los documentos se vendían en línea y que en los grupos de mensajería ya circulaban supuestas "respuestas filtradas". Lalita sonrió. Etapa tres del caos: mitomanía colectiva.

Al día siguiente, la facultad entera parecía un hormiguero. El decano convocó una reunión de emergencia. Los profesores murmuraban en voz baja, los alumnos fingían indignación moral y los de Comunicación ya preparaban sus notas para el periódico estudiantil.

Lalita observó todo desde las escaleras, con su libreta apoyada en la rodilla. No podía evitarlo: aquel espectáculo le fascinaba. Cada gesto, cada exageración, cada defensa absurda, era un fragmento de la mente colectiva en acción.

Por la tarde volvió al despacho del Prof. Miranda.

—He estado pensando —dijo—. ¿Podría mostrarme la impresora del departamento?

Miranda, resignado, la llevó a una pequeña sala lateral. Allí, una vieja impresora láser emitía un zumbido irregular. Lalita abrió la bandeja de

salida. Dentro encontró restos de hojas recicladas manchadas con el mismo tipo de tinta que había visto en el escritorio.

—Profesor, ¿alguien más usa esta impresora?

—Todos los del departamento.

—¿Incluido el decano?

—Claro, aunque dudo que imprima aquí sus propios documentos.

—Nunca subestime la vanidad. A veces el ego imprime más que la necesidad.

Esa noche, Lalita escribió su primera observación formal en la libreta amarilla:

"La pérdida de un examen no es obligadamente un misterio de objetos, sino de motivaciones. Cuando un documento desaparece, lo hace porque alguien teme o desea lo que contiene."

Cerró la libreta con satisfacción. Tenía una hipótesis, una lista incompleta de sospechosos y un campus lleno de psicópatas funcionales con matrícula pagada. Nada podía ser más estimulante para su mente curiosa.

Pero el caso apenas comenzaba.

Capítulo 2

El profesor del misterio

El martes amaneció con un aire más espeso que el café de "Le Pavillon". En los pasillos de la UNVA, los rumores se habían vuelto teorías y las teorías, dogmas. Todos sabían “quién” había robado los exámenes, aunque nadie coincidía en el nombre.

Algunos apuntaban a la becaria, otros al profesor Miranda, y un sector particularmente imaginativo afirmaba que el robo había sido obra de un grupo anarquista llamado *Los Subconscientes*. Lalita escuchaba esas conjeturas con la misma atención con que un psiquiatra oye a un paciente delirante: sin interrumpirlo, pero tomando nota.

La Facultad de Psicología parecía un laboratorio social en plena ebullición. Los estudiantes caminaban con ansiedad, los profesores discutían entre sí y el decano había ordenado la instalación de cámaras "para reforzar la confianza institucional". En la UNVA, todo se resolvía con aparatos caros.

Lalita llegó al aula a las ocho en punto. El profesor Miranda ya estaba ahí, sentado ante su escritorio con el rostro de quien ha dormido poco y pensado demasiado. Vestía un suéter gris que le daba un aire trágico, como de poeta al borde del colapso. Cuando la vio, intentó sonreír, pero le salió un gesto más bien triste.

—Buenos días, profesor —dijo ella mientras dejaba su libreta sobre la mesa—. ¿Ha dormido algo?

—He tenido noches mejores —respondió—. Me preocupa la reputación del departamento. Ya sabe cómo son aquí: la gente no olvida los errores, los archiva.

Lalita se sentó en la primera fila con los ojos muy abiertos.

—Y dígame, profesor, ¿usted cree en las coincidencias?

—No —dijo Miranda sin pensarlo—. Las coincidencias son la forma en que el universo se burla de los distraídos.

—Entonces coincidimos.

Él la miró sin comprender del todo. No era la primera vez que aquella estudiante lo descolocaba. Eulalia Thompson tenía una manera de hablar que parecía una mezcla entre diagnóstico clínico y sarcasmo elegante. No levantaba la voz, pero cada palabra suya pesaba como si viniera subrayada.

—¿Por qué tanto interés en mi examen perdido, señorita Thompson?

—Porque no es solo un examen —dijo ella—. Es un síntoma. Las instituciones se enferman igual que las personas. Y esta universidad tiene fiebre.

Miranda sonrió con una mezcla de sorpresa y resignación.

—Si no fuera porque temo por mi puesto, le pediría que publicara esa frase en la Revista de la Universidad.

Durante la clase, Lalita observó al profesor con atención quirúrgica. Notó que cada vez que alguien mencionaba la palabra "evaluación", él desviaba la mirada. Cuando hablaba del método científico, sus manos temblaban de manera apenas perceptible. No era miedo exactamente, sino algo más profundo: culpa racionalizada. Lo anotó con una estrella al margen, señal de que ese detalle merecía seguimiento.

Al final de la sesión lo interceptó en el pasillo.

—Profesor, ¿puedo hacerle una pregunta personal?

—Si promete no interpretarme.

—Prometido. ¿Usted cree que alguien querría perjudicarlo?

—Oh, más de uno por supuesto —dijo, riendo sin alegría—. En esta facultad las rivalidades son hereditarias. Si no te odian por tus ideas, te odian por tus publicaciones.

—¿Y la becaria? ¿Qué siente hacia usted?

—Admiración, creo. O frustración. No siempre puedo diferenciarlas.

Lalita anotó en su libreta: *"El profesor confunde vínculos afectivos con jerarquías académicas. Posible detonante emocional en alguna de las partes."*

Más tarde, en la cafetería, Zoé la esperaba con dos cafés y uno de esos croissants que pretendías ser franceses, pero sabían a cuerno de panadería de pueblo.

—Lali, todo el campus habla del escándalo. Dicen que el decano va a suspender las clases hasta resolver el caso.

—Eso sería un error. El caos necesita movimiento para revelar patrones.

—¿Y tú qué planeas hacer?

—Investigar al profesor.

—¿Por qué él?

—Porque se siente culpable incluso cuando respira.

Zoé la miró con esa mezcla de ternura y desconcierto que solo ella sabía mostrar.

—¿Y si no fue él? ¿Y si solo es un tipo triste con mala suerte?

—Entonces lo sabré. Los inocentes se defienden con excusas, los culpables con argumentos. Quiero oír en que categoría caen los suyos.

Esa tarde, Lalita se dirigió al archivo del departamento, un lugar polvoriento que olía a humedad y burocracia. Convenció al encargado de dejarla revisar los registros de acceso a la oficina del profesor. Había tres entradas el viernes: el propio Miranda, la becaria Lucía y el intendente Celestino.

Pero había una cuarta, fuera de horario: alguien había usado la llave maestra a las 21:47. Sin firma y sin registro de salida.

Lalita sonrió apenas. El misterio acababa de ganar otra capa más espesa que la nata del café con leche.

Caminó hasta la oficina del profesor y lo encontró revisando papeles con el ceño fruncido.

—Profesor —dijo con naturalidad—, ¿usted estuvo aquí el viernes por la noche?

—No, salí a las siete. ¿Por qué?

—Porque alguien entró a las nueve cuarenta y siete…y con llave.

—Eso es imposible.

—En la UNVA nada es imposible profesor. Solo que sale más caro.

Miranda se levantó de golpe con la tensión de quien empieza a dudar de sí mismo.

—¿Insinúa que alguien tiene una copia de mi llave?

—No lo insinúo, lo aseguro. Y quien sea sabía exactamente qué tenía que buscar.

El profesor se pasó una mano por la cara, agotado.

—Esto se está volviendo una pesadilla.

—Las pesadillas son más predecibles —replicó Lalita—. Aquí hay inteligencia, e intenciones aún no determinadas…pero no azar.

Mientras él intentaba recomponerse, ella observó el escritorio. Había una nueva pila de exámenes sobre la mesa, recién impresos. Los tomó con cuidado.

—¿Ya los reescribió todos?

—No me queda otra opción —dijo Miranda—. El decano exige resultados.

—¿Puedo verlos?

—Si eso calma su curiosidad.

Lalita hojeó las hojas una a una. No eran simples exámenes: cada pregunta tenía una redacción distinta, más complicada, más ambigua.

—Interesante. Ha cambiado la estructura.

—Para evitar fraudes.

—¿O para probar algo más?

Miranda la miró con cansancio.

—No tengo tiempo para juegos psicológicos, señorita Thompson.

—No son juegos, profesor. Solo son hipótesis.

Ella se despidió sin más y caminó por el corredor, pensativa. Los delincuentes, igual que los investigadores, necesitan justificar sus actos. Y el profesor parecía estar construyendo su propia justificación, ladrillo a ladrillo.

Esa noche el campus estaba casi vacío. Los jardines iluminados parecían un escenario de teatro. Desde el ventanal de su dormitorio, Lalita observaba la cúpula del edificio principal y el brillo de los autos de lujo en el estacionamiento. Sacó su libreta y escribió: *"Los privilegios producen los crímenes más elegantes. Aquí nadie roba dinero: roban poder."*

Pasada la medianoche escuchó pasos en el pasillo. Abrió la puerta con cautela y vio a un estudiante caminar todo apurado, con una carpeta azul bajo el brazo.

—¿Qué haces a esta hora? —preguntó.

—Tengo que hacer una entrega urgente —respondió el muchacho, nervioso—. El profesor Miranda me pidió mis apuntes del semestre.

—¿A medianoche?

—Dijo que estaba preparando una revisión de contenido de su asignatura. Se veía desesperado.

Cuando el joven se alejó, Lalita sintió un escalofrío. Miranda, nuevamente en el campus fuera de horario. Abrió su cuaderno y anotó una nueva línea: *"Reincidencia temporal. Comportamiento compulsivo. El sujeto busca control mediante la reescritura."*

A la mañana siguiente, Zoé llegó corriendo.

—Lali, hay un rumor nuevo. Dicen que encontraron hojas rotas en el basurero del laboratorio. Eran copias parciales de los exámenes viejos.

—¿Quién las encontró?

—Celestino, el intendente. Las entregó al decano.

—Perfecto —dijo Lalita con calma—. Eso significa que alguien quiere que las encuentren.

Zoé la miró sin entender.

—¿Qué insinúas?

—Que el ladrón no está escondiendo el crimen, sino escenificándolo. Está dejando pistas deliberadas. Quiere que parezca un robo hecho por alguien torpe.

—¿Y tú crees que el profesor sería capaz de algo así?

—No lo sé aún. Pero un hombre que reescribe sus propios exámenes a medianoche es capaz de mucho más de lo que imaginas.

Esa tarde, en el despacho del decano, Miranda fue citado a declarar. Lalita, que siempre encontraba la manera de estar donde no debía, escuchó desde el pasillo.

—Profesor Miranda —dijo el decano con voz engolada—, el consejo académico exige una explicación convincente.

—Ya lo he dicho, los exámenes desaparecieron.

—Y sin embargo, ahora aparecen copias destruidas. ¿Cómo explica eso?

—Alguien intenta incriminarme.

—O protegerlo —murmuró Lalita desde la puerta.

Ambos hombres la miraron sorprendidos.

—¿Y usted quién es? —preguntó el decano.

—Eulalia Thompson, estudiante de psicología. Estoy haciendo un seguimiento académico del fenómeno.

—¿Fenómeno?

—Sí. La transferencia institucional de culpa. Un caso fascinante.

Miranda se llevó la mano a la frente.

—Lalita, por favor...

—No se preocupe, profesor. Solo busco la verdad. Y la verdad, en esta universidad, suele venir envuelta en papel con membrete.

El decano pidió que saliera del despacho. Pero antes de irse, Lalita observó un detalle sobre la mesa: una llave pequeña con una etiqueta metálica que decía "Oficina Miranda".

Cuando salió al pasillo, su corazón latía rápido. Mentalmente repasó hechos observados: Llave maestra. Registro nocturno. Acceso autorizado desde la cúspide. Lo anotó todo con doble subrayado.

Esa noche, mientras Zoé dormía, Lalita revisó todo lo que había aprendido. El rompecabezas comenzaba a tomar forma, y las piezas más brillantes estaban demasiado limpias.

En la UNVA, los secretos no se escondían: se maquillaban con corrector de bajo costo. Y bajo la capa de formalidad académica, algo mucho más turbio estaba a punto de revelarse.

El profesor Miranda ya no era para ella un sospechoso. Era, quizá, una víctima.

Capítulo 3

Sospechosos, teorías y neurosis

El miércoles amaneció con un cielo gris que parecía reflejar el estado de ánimo colectivo de la UNVA. Lalita llegó temprano a la cafetería "Le Pavillon", armada con su libreta amarilla y una determinación que ella misma reconocía como ligeramente obsesiva. Había decidido que era momento de elaborar una lista formal de sospechosos. Su mente no podía avanzar sin estructura. Nunca podía.

Zoé apareció con dos cafés y signos en su rostro no haber dormido lo suficiente.

—Lali, te juro que si sigues con esto del examen perdido, vas a terminar más paranoica que el decano.

—No es paranoia cuando tienes datos mi querida amiga —respondió Lalita, abriendo su libreta en una página en blanco disponible—. Es investigación empírica con propósito social y curiosidad divertida.

—Ajá. ¿Y cuál es tu "propósito social"? ¿Convertir un robo menor en tesis doctoral?

—Algo así, aunque no tan pretencioso.

Trazó una línea vertical en el centro de la página y comenzó a escribir: Nombres en la columna izquierda. Motivos en la derecha. Zoé se inclinó para leer por encima de su hombro.

—¿Sebastián Ruiz? ¿El delegado del grupo?

—El mismo —confirmó Lalita—. Odia al profesor Miranda desde que lo reprobó el semestre pasado. Ha hecho comentarios públicos sobre "la incompetencia pedagógica de algunos docentes" y "el autoritarismo disfrazado de rigor académico". Cito textualmente.

—Sí, pero Sebastián es todo palabras. No tiene el perfil para robar nada.

—Los resentidos funcionan por acumulación de motivos, no por valentía. Un día explotan si los motivos se desbordan.

Zoé suspiró y bebió su café mientras Lalita terminaba la lista:

Sebastián Ruiz. Delegado del grupo. Motivo: resentimiento académico. Oportunidad: acceso al edificio hasta tarde.

Lucía Méndez. Becaria del profesor Miranda. Motivo: posible sobrecarga laboral o conflicto afectivo. Oportunidad: última persona en la oficina el viernes.

Daniel Ochoa. Alumno con tendencias narcisistas. Motivo: demostrar superioridad intelectual. Oportunidad: pasa horas en el laboratorio, por lo que conoce las rutinas del personal.

Patricia Solís. Secretaria del decano. Motivo: desconocido. Oportunidad: acceso a llaves maestras.

El profesor Miranda. Motivo: autosabotaje por estrés. Oportunidad: total.

Lalita cerró la libreta con satisfacción.

—Cinco sospechosos. Tres con neurosis evidentes, uno con ego hipertrofiado y uno con acceso institucional. Esto ya parece más un estudio de personalidad que un robo.

—¿Y cómo piensas investigarlos sin que piensen que estás loca?

—No voy a interrogarlos. Voy a observarlos. La gente se delata sola cuando cree que nadie está mirando.

Sospechoso número uno: Sebastián Ruiz

Lo encontró en los jardines del campus, sentado en una banca con audífonos puestos y expresión de suficiencia crónica. Era de esos estudiantes que siempre parecían estar en desacuerdo con el sistema, pero nunca lo suficiente como para abandonarlo.

—Sebastián —dijo Lalita, sentándose a su lado sin pedir permiso.

Él se quitó un audífono con lentitud calculada.

—¿Thompson? ¿Qué quieres?

—Nada importante. Solo curiosidad académica. ¿Tú qué opinas del caso del examen perdido?

—Que es una estupidez —respondió—. Miranda siempre ha sido un desastre organizacional. Esto era cuestión de tiempo para que pasar.

—¿Y no crees que alguien podría haberlo ayudado a perderlo?

Sebastián sonrió con desdén.

—Si alguien lo hizo, le hizo un favor a todos. Ese examen era un capricho sádico, no una evaluación pedagógica.

Lalita observó su lenguaje corporal: hombros relajados, mirada directa, sin signos de ansiedad. O era inocente, o era un mentiroso muy entrenado. En cualquier caso, carecía del refinamiento que el crimen requería.

—¿Y tú dónde estabas el viernes por la noche?

—En mi casa, viendo series. ¿Por qué? ¿Ahora eres detective?

—Solo una estudiante curiosa.

Sebastián volvió a ponerse el audífono. Conversación terminada. Lalita se levantó y anotó: *"Sebastián Ruiz. Resentimiento evidente pero sin culpa visible. Debe quedar descartado."*

Sospechosa número dos: Lucía Méndez

La becaria era una joven de aspecto perpetuamente cansado, con ojeras pronunciadas y una postura que gritaba "estoy al borde del colapso". Lalita la interceptó en la biblioteca, donde revisaba trabajos de investigación con desesperación metódica.

—Lucía, ¿puedo hablar contigo un momento?

La becaria levantó la vista con recelo.

—Si es sobre los exámenes, ya le dije todo al profesor.

—No vengo en representación del profesor. Solo quiero entender qué pasó.

Lucía suspiró y cerró su laptop.

—Yo llevé los exámenes a la fotocopiadora, como me pidió el profesor. Los puse en la bandeja de salida porque la impresora estaba ocupada. Cuando regresé diez minutos después, ya no estaban.

—¿Y no viste a nadie cerca?

—No. Bueno si... vi a Daniel Ochoa saliendo del laboratorio, pero no le di mayor importancia.

Lalita levantó una ceja.

—¿Daniel Ochoa? ¿El alumno estrella?

—El mismo. Siempre anda por ahí como si fuera el dueño del lugar.

—¿Y por qué no lo mencionaste antes?

—Porque Daniel no haría algo así. Es un genio, no un ladrón que necesite robar exámenes para aprobar.

—Los genios pueden ser ambas cosas —murmuró Lalita.

Lucía la miró con fastidio.

—Mira, no sé qué estás buscando, pero yo solo quiero que esto termine. Tengo suficiente estrés, aún sin que me culpen de algo que por supuesto no hice.

Lalita anotó: *"Lucía Méndez. Estrés genuino. Testimonio coherente. Mención espontánea de Daniel Ochoa. Pista potencial. Tal vez deba descartarse"*

Sospechoso número tres: Daniel Ochoa

Daniel era el tipo de estudiante que respondía preguntas antes de que terminaran de formularse y corregía a los profesores con aire de caridad

intelectual. Lalita lo encontró en el laboratorio de computación, programando algo que claramente estaba varios años por encima del nivel del curso.

—Daniel —dijo Lalita con tono casual—, ¿tienes un minuto?

—Treinta segundos solamente —respondió sin apartar los ojos de la pantalla.

—Perfecto. ¿Estuviste cerca de la fotocopiadora el viernes por la tarde?

Daniel tecleó algo y luego la miró con expresión de fastidio ilustrado.

—Sí, estuve ahí. ¿Y qué?

—¿Viste algo inusual?

—Vi a Lucía dejando unos papeles. Luego me fui. No soy vigilante.

—¿Y no tomaste nada?

Daniel soltó una risa breve.

—¿Por qué tomaría exámenes viejos? Yo no necesito trampa para destacar, Thompson. Mis calificaciones hablan por sí solas.

—No hablé de trampas. Solo pregunté si tomaste algo.

El joven la miró con frialdad calculada.

—No tomé nada. Pero si alguien lo hizo, probablemente fue porque el sistema está diseñado para premiar la mediocridad. Yo solo expongo sus fallas.

—Interesante filosofía.

—No es filosofía. Es lógica pura.

Cuando salió del laboratorio, Lalita escribió: *"Daniel Ochoa. Narcisismo funcional. Desprecio por las normas. Oportunidad: confirmada."* Dudó un momento y añadió una nota al margen: *"Inteligente. Probablemente solitario. Usa la arrogancia como escudo. Sospechoso principal por ahora."*

Sospechosa número cuatro: Patricia Solís

La secretaria del decano era una mujer de unos cuarenta años, con el cabello perfectamente peinado y una sonrisa que parecía practicada frente al espejo cada mañana. Lalita la encontró en su oficina, organizando carpetas con precisión obsesiva. Por un momento sintió una extraña simpatía hacia ella.

—Señora Solís, disculpe la molestia. Soy estudiante de psicología y estoy haciendo un seguimiento del caso del examen extraviado.

Patricia la miró con suspicacia.

—¿El decano autorizó esto?

—Es un proyecto académico independiente.

—Ah bien. ¿Y qué necesitas saber?

—Solo confirmar quién tiene acceso a las llaves maestras del edificio.

Patricia entrecerró los ojos.

—Esa información es confidencial.

—Entiendo. Pero si el decano tiene una copia de la llave del despacho del profesor Miranda, sería relevante para el caso.

La secretaria cruzó los brazos.

—El decano tiene acceso a todas las oficinas. Es parte de su función administrativa. Eso no lo convierte en sospechoso.

—No dije que lo fuera.

Patricia señaló la puerta.

—Creo que ya terminamos. Debes irte.

Lalita salió con una sonrisa. *"Patricia Solís. Defensiva sin provocación directa. Acceso a llaves confirmado. Lealtad institucional o encubrimiento. Pendiente obtener más información."*

Esa tarde, Lalita y Zoé se reunieron nuevamente en "Le Pavillon".

—¿Y? ¿Quién es el culpable? —preguntó Zoé con impaciencia.

—Todos y ninguno —respondió Lalita—. Todos tenían motivo, pero nadie una oportunidad clara y exclusiva. Sebastián odia a Miranda pero no tiene el perfil para actuar. Lucía estaba ahí, pero su estrés es genuino. Daniel tiene el ego y la oportunidad, pero le falta el móvil emocional. Y Patricia esconde algo, aunque aún no descubro qué.

—¿Y el profesor?

—El profesor es la pieza que no encaja. Se siente culpable, pero no sé si por haber perdido los exámenes o por algo más profundo.

Zoé mordió su croissant pensativa.

—Esto ya parece más un estudio de personalidad que un robo.

—Exacto —dijo Lalita—. Por eso es fascinante.

Esa noche, mientras revisaba sus notas con la lámpara encendida y Zoé dormida al otro lado del cuarto, Lalita ordenó y reordenó sus anotaciones tres veces hasta que quedaron en el orden que su mente consideraba correcto. Era uno de esos momentos en que su personalidad obsesiva dejaba de ser una incomodidad y se convertía en una herramienta útil: la obligaba a no dejar ningún cabo suelto, ninguna entrada sin cerrar, ninguna hipótesis a medias.

Sintió que se acercaba a algo importante. No era solo un examen perdido. Era un mapa de ansiedades, egos y secretos entrelazados. No solo era interesante, era algo más profundo…y también divertido

Y en algún lugar de ese mapa estaba la verdad.

Cerró la libreta, la colocó en ángulo recto con el borde del escritorio, apagó la lámpara y murmuró para sí misma:

—El inconsciente grita, pero algunos no lo oyen.

Mañana seguiría investigando. Porque en la UNVA cada neurosis tenía su historia. Y cada historia, su culpable.

Capítulo 4

La pista del café frío

El jueves llegó con un sol tibio que contrastaba con el ambiente tenso de la UNVA. Los pasillos vibraban con conversaciones susurradas y miradas de sospecha mutua. La desaparición de los exámenes había dejado de ser un incidente para convertirse en un caso de mitología estudiantil, y como toda buena mitología, crecía y se deformaba con cada repetición, como el juego del teléfono descompuesto.

Lalita había pasado la noche anterior revisando sus notas, trazando conexiones que no terminaban de cuajar. Algo le molestaba: había una pieza del rompecabezas que flotaba en su mente sin encontrar su lugar. Había intentado dormir a las once, a las doce, a la una. Imposible. Su cabeza no cerraba el archivo. Finalmente, a las dos de la madrugada, había encendido la lámpara y vuelto a la libreta. Algunas noches su trastorno compulsivo era una herramienta. Otras simplemente era agotador. Esa noche había sido de las segundas.

Decidió que necesitaba volver al origen: el despacho del profesor Miranda.

—¿Otra vez vas a meterte ahí? —preguntó Zoé cuando Lalita le contó su plan durante el desayuno.

—Yo no me meto, solo visito e investigo. Con propósito puramente académico.

—Ajá. Y cuando el decano te expulse, yo voy a "visitarte" con propósito puramente solidario —y sonrió ampliamente al decirlo—

—No me expulsarán Zoé. Soy demasiado útil para sus estadísticas de aprovechamiento estudiantil. Recuerda que soy la “rara” del grupo… bueno una de ellas. Tú también estás en esa categoría.

A las diez de la mañana, Lalita tocó a la puerta del despacho. El profesor Miranda abrió con cara de no haber dormido en días. Vestía una camisa arrugada que probablemente había usado el día anterior, y sostenía una taza de café con la resignación de quien sabe que ya no le hará efecto.

—Señorita Thompson —dijo con cansancio—. ¿Tiene más preguntas existenciales que hacer?

—Solo pretendo una revisión concreta del escenario.

—Esto no es un crimen, es solo una desgracia administrativa.

—Las desgracias también tienen patrones profesor.

Miranda suspiró y la dejó pasar.

El despacho seguía siendo un monumento al caos organizado: libros apilados, papeles dispersos, tazas de café en distintos estados de abandono. Lalita caminó directamente hacia el escritorio y se detuvo frente a la marca circular que había examinado días atrás. Se agachó para verla de cerca. La mancha de café era vieja, de varias semanas al menos, pero alrededor había algo más: pequeñas gotas salpicadas, como si alguien hubiera movido la taza con prisa. Y en el borde de la mancha, una huella apenas visible, del tamaño de una yema de dedo.

—Profesor —dijo sin apartar la vista—, ¿usted siempre deja su café en este mismo lugar?

—Generalmente, sí. ¿Por qué?

—Porque esta mancha es antigua, pero estas gotas son recientes. Alguien movió una taza sobre esta marca después del viernes. Alguien que conocía sus hábitos, o que simplemente buscó la superficie más despejada del escritorio.

Miranda se acercó intrigado.

—¿Y eso qué significa?

—Que alguien estuvo aquí y quiso simular normalidad. Repitió su rutina sin darse cuenta de que estaba dejando evidencia.

Lalita pasó el dedo por el borde del escritorio y lo olió discretamente. Tinta. La misma tinta que había encontrado días atrás, pero ahora más concentrada en la esquina izquierda del mueble, justo donde alguien que trabajara de pie apoyaría naturalmente la mano.

—¿Dónde está la sala de impresiones? —preguntó de repente.

—Al fondo del pasillo, a la derecha.

—Puede llevarme por favor.

Miranda la vio por unos segundos con ojos cansados, pero se levantó y la guio por un corredor estrecho hasta una pequeña habitación que más parecía un clóset glorificado. Allí, una impresora láser vieja zumbaba con resignación mecánica. La bandeja de salida estaba vacía, pero la de entrada contenía hojas recicladas manchadas con tinta irregular. Lalita abrió la tapa superior y encontró restos de tóner pegados en los rodillos, más frescos que el polvo acumulado en el resto de la máquina.

—¿Cuándo fue la última vez que limpiaron esto?

—No lo sé. Quizás hace meses.

—Perfecto. Eso significa que cualquier documento impreso aquí deja rastro. Y alguien imprimió algo aquí hace poco, no hace meses.

Se arrodilló y revisó el suelo. Bajo la mesa encontró tres clips de metal oxidados y un pedazo de papel roto con una esquina impresa: parte de un encabezado que decía "Psicología Experimental II". Lo tomó con cuidado, lo dobló y lo guardó en el bolsillo interior de su mochila.

—Profesor —dijo con calma—, creo que los exámenes fueron fotocopiados aquí antes de desaparecer.

Miranda palideció.

—¿Fotocopiados? ¿Por quién?

—Eso es lo que aún no lo sé. Pero quien lo hizo dejó evidencia. Y cometió un error: no limpió la impresora.

Salió del edificio con paso decidido. Necesitaba hablar con don Celestino.

Lo encontró en el patio trasero, barriendo hojas secas con la paciencia de quien ha visto demasiadas generaciones de estudiantes ir y venir. Era un hombre de unos setenta años, de movimientos lentos y ojos que no perdían detalle. Lalita había aprendido a valorar ese tipo de personas: los invisibles de las instituciones, los que nadie mira pero que todo lo ven.

—Don Celestino —llamó—, necesito hacerle unas preguntas.

El hombre levantó la vista y sonrió con amabilidad.

—Otra vez usted, señorita. ¿No se cansa de buscar problemas?

—Los problemas me buscan a mí mi estimado señor. ¿Usted recuerda qué hizo la noche del viernes después de cerrar el edificio?

Celestino se apoyó en la escoba, pensativo. No respondió de inmediato, lo cual Lalita apreció. Los testigos que responden demasiado rápido generalmente están repitiendo lo que creen que deben decir, no lo que recuerdan.

—Cerré a las ocho, como siempre. Revisé las aulas, apagué las luces, cerré las puertas. Lo mismo de siempre creo yo

—¿Y la oficina del profesor Miranda?

—Estaba cerrada. Pero... —se detuvo.

—¿Pero?

—Pero cuando pasé por el pasillo, olía a café recién hecho. Como si alguien acabara de prepararlo. Me pareció raro porque ya no había nadie, o eso creía yo.

Lalita sintió esa chispa familiar que encendía cuando un dato encajaba con otro.

—¿Y la sala de impresiones?

—Esa sí estaba abierta. La impresora seguía encendida, todavía caliente. Supuse que alguien había olvidado apagarla, como siempre pasa los viernes.

—¿Vio papeles en la bandeja?

—No, estaba vacía. Pero había una taza de café sobre la mesa. Todavía tibia.

—¿Qué hizo con la taza?

—La llevé a la cocina del personal y la lavé. Siempre lo hago, si no se quedan ahí semanas.

Lalita cerró los ojos un segundo. Evidencia perdida. Pero no todo estaba perdido.

—Don Celestino, ¿recuerda de qué color era la taza?

—Blanca, con el logo de la universidad. Como todas las del departamento.

—¿Y no vio a nadie salir del edificio después de las ocho?

—No. Pero la puerta trasera tiene cerradura automática. Alguien con llave podría haber salido sin que yo lo pudiera notar. De hecho —agregó, frunciendo el ceño como si el recuerdo llegara despacio—, creo que escuché pasos en el pasillo del primer piso cuando ya estaba apagando las luces del segundo. Pensé que eran ecos, ya sabe cómo suena este edificio por las noches.

—¿Pasos yendo hacia dónde?

—Hacia la salida trasera.

Lalita agradeció la información con una inclinación de cabeza y caminó hacia la biblioteca. Necesitaba pensar. El rompecabezas empezaba a ensamblarse: alguien había entrado al edificio fuera de horario, había usado la impresora, había tomado café mientras trabajaba con calma suficiente para no tener prisa, y había salido por la puerta trasera sin ser visto. No era un acto impulsivo. Era un plan preconcebido y bien ejecutado…o cuando menos eso creía quien hubiera sido.

Esa tarde, mientras revisaba apuntes de criminología conductual, Zoé apareció con expresión alarmada.

—Lali, tienes que ver esto.

Le mostró su teléfono. En el grupo de WhatsApp de la facultad, alguien había publicado una foto borrosa de lo que parecían hojas impresas en un basurero.

—¿Dónde tomaron eso?

—En el sótano de mantenimiento. Celestino las encontró esta mañana.

Lalita se levantó de golpe.

—Vamos.

El sótano era un lugar húmedo y olvidado donde se acumulaba todo lo que la universidad prefería no ver. Celestino estaba ahí con una caja de cartón en las manos y expresión de quien ya no se sorprende de nada.

—Señorita Thompson —dijo al verla—, justo iba a llevar esto al decano.

Lalita se acercó y examinó el contenido. Fragmentos de papel, algunos rotos, otros arrugados. Reconoció la tipografía: los exámenes de Miranda. Pero no estaban completos. Faltaban páginas.

—¿Dónde encontró esto exactamente?

—En el contenedor de reciclaje. Alguien los tiró ahí el lunes por la noche.

—¿El lunes? ¿Está seguro?

—Completamente. El lunes suelo vaciar ese contenedor y no había nada. El martes, cuando volví, ya estaban ahí.

Lalita sintió que todo cobraba sentido. Tomó un fragmento con cuidado y lo guardó en su mochila junto al pedazo de encabezado que había encontrado antes.

Esa noche, en su dormitorio, examinó ambos fragmentos bajo la luz de la lámpara. La tinta era idéntica. En el reverso del segundo papel, una mancha de café formaba un patrón circular imperfecto. Alguien había apoyado una taza directamente sobre el documento mientras trabajaba. El mismo gesto distraído del despacho de Miranda. Un hábito inconsciente que se repetía.

Sacó la libreta y escribió con letra pequeña y precisa:

"Reconstrucción provisional de los hechos:

1. Viernes por la tarde: Lucía deja los exámenes en la fotocopiadora.

2. Alguien los toma y los lleva a la sala de impresiones.

3. Esa noche, después del cierre, regresa con llave.

4. Fotocopia los exámenes mientras toma café. Sin prisa. Con plan.

5. Sale por la puerta trasera antes de que Celestino llegue al primer piso.

6. El fin de semana esconde los originales.

7. El lunes, al darse cuenta de que el escándalo creció más de lo esperado, intenta deshacerse de las copias tirándolas al reciclaje.

8. Pero solo tira una parte. ¿Dónde están los originales?

Pregunta clave: ¿por qué fotocopiar exámenes para luego destruirlos? El móvil no es el fraude. Es otra cosa."

Cerró la libreta y miró por la ventana. El campus estaba oscuro, iluminado solo por las farolas del jardín. Alguien ahí afuera guardaba un secreto y probablemente creía que lo había enterrado bien.

Pero había dejado café frío y tinta vieja. Y eso, para Lalita Thompson, era más que suficiente para seguir con sus pesquisas.

Capítulo 5

Los ecos del rumor

El viernes llegó con una energía extraña en la UNVA. Lalita lo notó desde que cruzó la entrada principal: la gente caminaba diferente. No con la ansiedad de los días anteriores sino con esa agitación particular de quien cree saber algo que los demás no saben. Era una distinción sutil pero importante. La ansiedad paraliza. La sensación de tener información exclusiva, en cambio, impulsa. Y cuando una institución

entera se mueve impulsada por rumores, el resultado es predecible: caos con pretensiones de orden.

Lalita se instaló en la cafetería con su eterno café y su libreta. Durante media hora simplemente escuchó. No buscaba datos concretos. Buscaba patrones.

En la mesa de su izquierda, tres estudiantes de tercer año hablaban en voz baja pero con la intensidad de quien debate algo urgente.

—Te digo que el decano mandó borrar las pruebas. No quiere que se sepa que hay tráfico de calificaciones en la facultad.

—¿Y de dónde sacas eso?

—Me lo dijo alguien que trabaja en la administración. Es de total confianza.

A dos mesas de distancia, un grupo de primer año construía una versión completamente distinta con la misma convicción absoluta.

—Fue la becaria, obvio. Está despechada porque el profesor la rechazó en el coloquio de neurociencias. Lo vi yo misma, fue horrible.

—¿Tú lo viste?

—Bueno, me lo contaron. Pero quien me lo contó estaba ahí.

Lalita anotó en su libreta: *"Ninguna de las versiones tiene fuente directa verificable. Ambas se presentan como información de primera mano. Fenómeno clásico de distorsión por transmisión: cada eslabón de la cadena añade certeza y resta precisión."*

Zoé llegó con su mochila y expresión de quien ya tuvo suficiente drama por una semana.

—Lali, esto se está volviendo ridículo. Ahora dicen que hay un grupo de Telegram vendiendo respuestas a veinte pesos la pregunta.

—¿Y tú crees que existe ese grupo?

—No sé. ¿Debería creerlo?

—No existe —dijo Lalita con seguridad—. Es demasiado específico para ser espontáneo. Alguien inventó ese detalle para que sonara creíble. Los rumores genéricos no convencen a nadie. Los rumores con detalles concretos —un precio, una plataforma, un número— se vuelven automáticamente verosímiles aunque sean completamente falsos.

Zoé se sentó y envolvió las manos alrededor de su taza.

—¿Estás diciendo que alguien está fabricando rumores a propósito?

—No solo fabricándolos. Está sembrándolos estratégicamente. Mira el patrón: cada grupo tiene su propia versión, todas distintas, todas aparecidas al mismo tiempo en lugares distintos. Eso no es orgánico. La información orgánica se propaga desde un punto y muta gradualmente. Esto es simultáneo y diversificado. Alguien lo diseñó así. Es ingenioso y al mismo tiempo torpe.

—¿Para qué?

—Para crear ruido. Si todos buscan en direcciones distintas, nadie encuentra la verdad. Es una cortina de humo, Zoé. Y está funcionando perfectamente para las mentes comunes…pero no para mí.

Lalita abrió su libreta en una página nueva.

—Necesito hacer una prueba.

—¿Qué tipo de prueba?

—Voy a introducir un rumor falso con un detalle muy específico y voy a ver si alguien lo recoge y lo amplifica. Si lo hace, sabré que hay alguien monitoreando activamente la información que circula.

Zoé la miró con esa mezcla habitual de admiración e incomodidad.

—¿Y si te equivocas y nadie cae?

—Entonces sabré que estoy paranoica y descartaré la hipótesis. Pero si alguien la recoge...

No terminó la frase. Ya estaba escribiendo el mensaje.

Lalita publicó en el grupo de WhatsApp de psicología: *"Escuché que encontraron los exámenes en la oficina del decano. Parece que alguien los llevó ahí por error el viernes por la noche."* Luego le pidió a Zoé que escribiera en el grupo de sociología: *"Un profesor me dijo que van a suspender las clases hasta resolver el caso. El rector está furioso."*

—Ahora esperamos —dijo Lalita, guardando el teléfono.

—¿Cuánto tiempo?

—El suficiente para terminar el café.

No fue necesario tanto. A los diecisiete minutos, su teléfono vibró. Era un mensaje en el grupo de tercer año, de alguien que no había participado en ninguna conversación anterior sobre el tema: *"Confirmado: los exámenes están en la oficina del decano. Mi primo trabaja en rectoría y dice que hay una investigación interna."*

Lalita mostró la pantalla a Zoé sin decir nada.

—Diecisiete minutos —dijo finalmente.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Que alguien está monitoreando varios grupos simultáneamente y amplificando la información de manera selectiva y conveniente. Tomó mi dato, le añadió una fuente inventada —el primo en rectoría— para darle autoridad, y lo reintrodujo en un canal diferente. Eso no es un estudiante aburrido que propaga chismes. Eso es alguien que sabe exactamente lo que está haciendo.

Zoé frunció el ceño.

—¿Y quién tendría tanto tiempo y tanto interés en hacer eso?

—Alguien con conocimientos de psicología social. Alguien que entiende cómo funciona la propagación de información en redes cerradas. Alguien que disfruta demostrar que puede manipular el comportamiento colectivo sin que nadie lo note.

El nombre llegó solo: *Daniel Ochoa*.

Por la tarde, Lalita fue al edificio de sistemas y pasó una hora revisando el historial del foro estudiantil. Encontró lo que buscaba: la primera mención del "grupo de Telegram" había aparecido el martes a las 11:23 de la noche, publicada por un usuario anónimo que solo había hecho esa publicación. IP enmascarada. Pero el estilo de escritura era peculiar: frases cortas, sin emojis, puntuación precisa, vocabulario ligeramente más formal que el promedio estudiantil.

Buscó ese mismo patrón en los grupos de WhatsApp. Encontró tres mensajes con características idénticas, todos enviados desde la cuenta de Daniel Ochoa, todos en horarios nocturnos, todos introduciendo información específica y no verificable.

—Interesante —murmuró, y cerró el historial.

Cuando salía del edificio casi chocó con el propio Daniel en el pasillo. Él la miró sin sorpresa, como si la hubiera estado esperando.

—Thompson —dijo con tono neutro—. ¿Buscando algo?

—Siempre estoy buscando algo.

—He notado que llevas varios días haciendo preguntas sobre los exámenes. —Hizo una pausa calculada—. ¿Por qué tanto interés?

—Me fascina cómo la gente reacciona ante la incertidumbre —dijo Lalita, mirándolo directamente—. Algunos buscan respuestas. Otros crean narrativas para llenar el vacío. ¿Tú qué haces, Daniel?

Él sostuvo su mirada un momento antes de responder.

—Yo observo cómo las instituciones se desmoronan cuando se les quita la ilusión de control. Es revelador lo poco que hace falta para que todo el orden aparente se vuelva caos.

—¿Y has disfrutado el espectáculo?

—Más de lo que esperaba —admitió, con algo que en otra persona habría sido una sonrisa pero en él era apenas un cambio en la comisura de los labios.

Se quedaron mirándose un momento. Lalita reconoció en Daniel algo que había aprendido a identificar con los años: la soledad de quien es demasiado inteligente para conectar fácilmente con los demás y ha convertido esa distancia en sistema filosófico. No era maldad. Era una forma de protección que con el tiempo se había vuelto hábito.

—Cuidado con tus experimentos sociales —dijo ella finalmente—. A veces las variables se salen de control. Y las personas no son datos,

Daniel. Tienen consecuencias reales cuando las manipulas, aunque sea para demostrar un punto.

Algo cruzó brevemente por la expresión de Daniel. No fue culpa exactamente, pero tampoco fue indiferencia total.

—Lo mismo te digo, Thompson.

Se alejó por el pasillo sin apresurarse. Lalita lo vio irse y anotó: *"Daniel Ochoa: partícipe confirmado en la campaña de desinformación. Motivo: demostración intelectual, posiblemente también frustración social. No es el autor del crimen principal. Pero sabe más de lo que dice."*

Esa noche, mientras ordenaba sus notas en la secuencia exacta que su mente exigía, su teléfono vibró con un mensaje de número desconocido:

"Deja de hacer preguntas. No te conviene."

Lo leyó dos veces. Lo reenvió a Zoé con un comentario: *"Ahora sí se puso interesante."* Luego guardó el teléfono, abrió la libreta y escribió con letra tranquila:

"Alguien se está poniendo nervioso. Lo cual significa que me estoy acercando a algo que alguien quiere mantener oculto. El rumor no era solo consecuencia del crimen: era parte del encubrimiento. Y quien lo diseñó acaba de cometer su primer error real: mostrar que le importa lo que yo pueda descubrir."

Cerró la libreta. La colocó en ángulo recto con el borde del escritorio, como siempre. Apagó la lámpara.

El caso estaba llegando a su punto crítico. Y ella estaba exactamente donde necesitaba estar: en el centro del caos, con suficiente información para que las piezas empezaran a moverse solas.

Porque el inconsciente gritaba.

Y los culpables, tarde o temprano, siempre gritaban más fuerte que todos los demás.

Capítulo 6

La psicología del culpable

El lunes llegó con una lluvia ligera que parecía lavar el ambiente tenso de la UNVA. Los estudiantes caminaban con paraguas costosos de colores variados y con expresiones de fastidio existencial. Lalita, en cambio, llegó sin paraguas y sin fastidio. Había pasado el domingo diseñando su "protocolo de desenmascaramiento", y cuando tenía un protocolo en marcha, la lluvia era un detalle menor.

La idea era simple: la gente no miente con palabras, miente con silencios. Los culpables revelan más en lo que callan que en lo que dicen. Y la manera más eficiente de provocar ese silencio revelador no era la confrontación directa sino la pregunta oblicua: aquella que parece

inocente pero apunta exactamente al centro de lo que la persona quiere ocultar. Había diseñado una pregunta distinta para cada sospechoso, las había escrito, reescrito y ordenado por nivel de riesgo. Todo en su lugar, todo con propósito.

Zoé la esperaba en la entrada con dos cafés y expresión preocupada.

—Lali, ¿estás segura de lo que vas a hacer?

—Nunca estoy segura de nada. Pero tengo una hipótesis sólida y un método.

—¿Y si te equivocas?

—Entonces aprenderé algo nuevo sobre la conducta humana. Nunca pierdo.

Antes de iniciar su ronda, pasó una hora en la biblioteca simplemente observando, sin libreta, sin anotar nada. Era un ejercicio que se había impuesto desde la preparatoria: sus mejores conclusiones llegaban cuando dejaba que la información llegara sola. Su mente la organizaba de todas formas. Lo que vio confirmó varias cosas: Lucía evitaba el contacto visual con Miranda, Daniel controlaba conscientemente sus reacciones cada vez que alguien mencionaba los exámenes, y Sebastián hablaba del tema con la soltura de quien no tiene nada que esconder.

A las once, inició el protocolo.

Sebastián Ruiz

Lo encontró en los jardines caminando con gesto de rebeldía ensayada. Era de esos estudiantes que siempre parecían estar en desacuerdo con el sistema, pero nunca lo suficiente como para abandonarlo.

—Sebastián, necesito tu opinión. Es para un ejercicio de psicología social. Imagina que encuentras algo que no te pertenece pero que podría beneficiarte. ¿Qué harías?

Él la miró con suspicacia, luego se miró tranquilamente los zapatos.

—Depende. ¿Es legal?

—Ambiguo. Como casi todo en la vida.

—Pues si nadie se entera, lo tomo. El mundo es de los vivos.

—¿Y si alguien más sufre por eso?

—Entonces que aprendan a cuidar sus cosas.

Lalita lo estudió un momento. Oportunista y rencoroso, pero sin el refinamiento ni el peso invisible que el crimen requería. No había en él ninguna tensión, ningún cálculo, ninguna culpa acumulada. Lo descartó definitivamente y se levantó.

—Gracias, Sebastián. Eso es todo.

Él la miró con desconcierto, como si esperara algo más dramático.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Lucía Méndez

La encontró en la sala de lectura con tres libros abiertos y expresión de quien compensa con trabajo el agotamiento que siente. Lalita se sentó frente a ella sin preámbulos.

—Lucía, una pregunta. ¿Qué harías si alguien a quien admiras te pidiera hacer algo que sabes que está mal?

La becaria levantó la vista. Sus manos, que sostenían un marcapáginas, se detuvieron.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Ejercicio académico.

Lucía dejó el marcapáginas sobre la mesa con cuidado excesivo.

—Supongo que dependería de qué tan malo fuera. Y de por qué lo pide.

—¿Y si lo hace porque está desesperado?

—Entonces intentaría ayudarlo de otra manera. Sin hacer algo que me hiciera sentir mal conmigo misma.

Había algo en esa respuesta que sonaba demasiado elaborada para ser hipotética. Como si Lucía hubiera pensado exactamente en esa situación antes, no en abstracto sino en concreto. Sus manos permanecieron quietas sobre la mesa durante toda la conversación, lo contrario de su comportamiento habitual cuando estaba tranquila. Lalita lo registró: culpa reactiva, no activa. Víctima circunstancial, no autora.

—Gracias, Lucía. Por ahora es todo.

Daniel Ochoa

El más complicado. Lo encontró en el laboratorio con tres pantallas encendidas mostrando tres proyectos distintos. El tipo de persona que se aburre con una sola tarea.

—Daniel, necesito tu ayuda con un problema de lógica. Imagina que quieres demostrar que un sistema es deficiente. ¿Cuál sería la manera más eficiente?

Él respondió sin apartar los ojos del código.

—Explotando sus vulnerabilidades desde adentro. Mostrando que las mismas reglas que supuestamente lo protegen son las que lo debilitan. No hace falta destruir el sistema. Basta con mostrar que se destruye solo cuando se le aplica presión en los puntos correctos.

—¿Y si para eso necesitas romper algunas de esas reglas?

—Entonces las rompes. Las reglas solo importan para quienes no las comprenden lo suficiente como para ver sus excepciones.

Lalita se sentó a su lado.

—¿Y el profesor Miranda? ¿Él comprende el juego?

La mandíbula de Daniel se tensó apenas un segundo antes de relajarse.

—El profesor Miranda es un buen hombre atrapado en un sistema que premia la mediocridad —dijo—. Eso no lo hace inocente, pero tampoco culpable de lo que todos creen.

—¿Y la campaña de rumores?

Daniel no negó.

—Un experimento de psicología social aplicada. Con resultados bastante reveladores sobre cómo funciona la información en comunidades cerradas.

—¿Y no te importa el daño que causó? Miranda estuvo al borde de una crisis. Lucía pasó días creyendo que la expulsarían.

Hubo una pausa que en Daniel equivalía a mucho.

—No calculé bien todas las variables —dijo finalmente. Era lo más cercano a una disculpa que probablemente sabía dar.

Lalita se levantó.

—Las personas no son variables, Daniel. Son el experimento entero.

Algo en su expresión cambió levemente. Suficiente.

Cuando salía del laboratorio, una figura emergió de entre las estanterías de la biblioteca contigua. Rodrigo Salinas, estudiante de segundo año, callado y discreto, de esos que nadie recuerda en los pasillos. Tenía los ojos enrojecidos y las manos temblorosas con la tensión de varios días sin dormir bien.

—Eulalia —dijo con voz apenas audible—. Necesito hablar contigo. Ahora.

Lalita lo estudió un segundo. No estaba en su lista. Pero su lenguaje corporal gritaba exactamente lo que ella llevaba días buscando: culpa activa, no racionalizada. Culpa que ya no podía cargarse solo.

—Está bien. Hablemos.

Se sentaron en una mesa apartada. Rodrigo miró la madera un momento largo antes de hablar.

—Fui yo —dijo al fin—. Yo tomé los exámenes. Pero no fue como todos piensan.

Lalita abrió su libreta en la siguiente página limpia y esperó en silencio.

—El viernes, Lucía estaba desesperada. La impresora del departamento estaba descompuesta y tenía que entregar un reporte al mismo tiempo. La vi en el pasillo casi llorando. Le dije que yo me encargaba, que llevaba los exámenes a la fotocopiadora de la biblioteca y los devolvía antes de que nadie notara. Ella dudó, pero aceptó.

—¿Y qué pasó?

—Había una fila enorme. Esperé casi una hora. Cuando pude copiarlos ya era tarde para devolver los originales sin levantar sospechas. Los metí en mi mochila pensando en devolverlos el sábado. Pero el despacho estaba cerrado. El domingo tampoco pude. Y para el lunes el escándalo era tan grande que no supe cómo acercarme sin que pareciera exactamente lo que era.

—Una confesión —dijo Lalita, sin dureza.

—El lunes por la noche tiré las copias al reciclaje del sótano pensando que si desaparecían todo quedaría como un simple extravío. Pero los originales seguían en mi mochila, en el compartimento equivocado. Los había tenido todo el fin de semana sin saberlo.

Sacó un sobre manila arrugado y lo puso sobre la mesa.

—Aquí están. Todos los originales.

Lalita lo abrió, revisó las hojas una por una, las contó. Completos. Los devolvió al sobre.

—¿Por qué me lo dices a mí?

—Porque ya no puedo más. Lucía está destrozada, el profesor desesperado, y todo es mi culpa. Lo hice para ayudar y solo empeoré todo.

—¿Solo para ayudar?

Rodrigo bajó la vista.

—La admiro mucho. Desde hace meses. Pero para ella soy invisible.

Lalita guardó el sobre en su mochila y miró a Rodrigo: un chico que había cometido un error menor por un motivo muy humano y que llevaba una semana destruyéndose en silencio. En la UNVA, llena de egos declarados y ambiciones visibles, esa clase de dolor callado era, paradójicamente, el más ruidoso de todos.

—Nunca vuelvas a hacer algo así —dijo—. Querer ayudar a alguien sin preguntarle si necesita ayuda no es generosidad, es ansiedad disfrazada. Y el amor que no se dice termina convirtiéndose en deuda que nadie pidió.

—¿Qué vas a hacer con los exámenes?

—Resolverlo sin destruir tu vida. Pero me debes algo.

—Lo que sea.

—Habla con Lucía. No sobre esto, sobre lo otro. Dile cómo te sientes y acepta su respuesta, sea cual sea. La honestidad duele menos que esta agonía silenciosa en la que llevas meses viviendo.

Rodrigo asintió con algo que se parecía levemente al alivio. Como si nombrar las cosas en voz alta las hiciera por fin manejables.

Cuando se fue, Lalita se quedó sola con la libreta abierta frente a ella. Escribió despacio, con letra pequeña y precisa:

"El móvil más antiguo e impredecible: amor no correspondido. El crimen más común: querer ayudar sin saber cómo. La condena más cruel: la culpa que nadie más conoce."

Cerró la libreta. La colocó en ángulo recto con el borde de la mesa.

El caso estaba resuelto. Solo faltaba cerrarlo bien.

Capítulo 7

Basura, culpa y redención

El martes amaneció con un silencio extraño en la UNVA. No era el silencio de la paz sino el de la expectativa, el que se instala cuando un drama colectivo ha perdido combustible pero nadie quiere admitirlo todavía. Los estudiantes seguían caminando con aire de tragedia, pero ya sin la energía de los primeros días. El escándalo se estaba enfriando solo, como siempre ocurre con los escándalos que no tienen víctima visible ni villano confirmado.

Lalita observaba todo desde su banca favorita bajo el árbol del jardín central, con la libreta cerrada sobre las rodillas. Había resuelto el caso. Tenía los exámenes. Tenía la confesión. Tenía la verdad completa. Y sin embargo algo la mantenía quieta, pensando, sin moverse todavía hacia la solución final.

No era culpa. Ella había tomado la decisión correcta al proteger a Rodrigo, estaba segura de eso. Era otra cosa: la consciencia de que resolver un misterio no resuelve automáticamente el daño que causó. Los exámenes podían devolverse. La reputación del profesor podía recuperarse. Pero las personas que habían pasado una semana cargando sospechas y miedos seguían ahí, con ese peso todavía encima. Y eso, pensó Lalita, también era parte del trabajo.

Abrió la libreta. Escribió una sola línea:

"Devolver los hechos sin devolver el nombre. ¿Es posible? Sí. ¿Es suficiente? Eso depende de a quién le preguntes."

La cerró. Se levantó.

Celestino Vargas llevaba veintiséis años barriendo los mismos pasillos de la UNVA sin que nadie lo mirara demasiado. Era, en ese sentido, el personaje más útil del campus: omnipresente e invisible al mismo tiempo. Lalita lo había identificado desde la primera semana como lo que era: alguien que sabe todo porque nadie cuida lo que dice delante de él.

Lo encontró en el pasillo lateral del edificio de humanidades, empujando un carrito de limpieza con la lentitud tranquila de quien no tiene prisa porque el trabajo siempre estará ahí. Lalita se acercó sin apuro, como si caminara hacia cualquier otro lugar.

—Celestino, buenos días.

Él levantó la vista con esa expresión de leve sorpresa que ponen las personas que no esperan que nadie las salude por su nombre.

—Buenos días, señorita.

—Necesito pedirle un favor. Uno pequeño y sin complicaciones.

—Usted dirá.

Lalita sacó de su mochila el sobre manila y lo puso en el carrito, entre un rollo de papel y una botella de desinfectante, con la naturalidad de quien deja caer un recibo de tienda.

—Esto son los exámenes del profesor Miranda. Los encontré mezclados con material de archivo en la sala de lectura del sótano, entre las cajas del semestre anterior.

Celestino miró el sobre. Luego miró a Lalita.

—¿Los encontró usted?

—Yo los vi primero, sí. Pero sería mejor que los encontrara usted. Formalmente. Esta mañana, mientras hacía su ronda de las ocho por el pasillo de archivo. ¿Me explico?

El conserje permaneció un momento en silencio, con esa calma de las personas que han visto suficientes enredos universitarios como para no necesitar más explicaciones.

—¿Y a quién se los entrego?

—A la secretaría del departamento, directamente. Diga que estaban en la caja de rezagos del pasillo B, mezclados con materiales del semestre de primavera. Es el lugar más lógico donde podrían haber terminado si alguien los dejó sobre el escritorio equivocado durante la limpieza del viernes.

Celestino asintió despacio.

—¿Alguien los puso ahí a propósito?

—Alguien los dejó en el lugar equivocado por descuido y luego no supo cómo arreglarlo sin empeorar todo. Es distinto Don Celestino. Y muchas veces los descuidos no merecen sino solamente el perdón y voltear la mirada hacia otro lado.

El conserje sonrió con complicidad, tomó el sobre y lo guardó en el compartimento superior del carrito con la misma indiferencia con que guardaba cualquier objeto olvidado en los pasillos.

—Ya entiendo, señorita. Cosas así pasan. Los edificios tienen su propia manera de tragarse los documentos. Coincido con Usted en la solución que ha encontrado para el enigma de esta semana. La felicito por ello.

—Exactamente eso. Los edificios tienen su propia manera.

—¿A qué hora necesita que “los encuentre”?

—A las ocho y cuarto estaría bien. Así el profesor los tiene antes de su primera clase.

Celestino empujó el carrito un paso y se detuvo.

—¿Y si alguien pregunta cómo llegaron hasta allá?

—Nadie va a preguntar —dijo Lalita—. Las instituciones no investigan sus propios descuidos cuando la solución es más cómoda que la verdad.

El conserje asintió ampliamente con algo que no era exactamente una sonrisa sino el gesto de alguien que acaba de escuchar algo que ya sabía.

—Tiene razón en eso, señorita. Que tenga buen día.

—Buenos días, Don Celestino.

Lalita anotó al alejarse: *"Celestino. Veintiséis años de observación acumulada. Más criterio que la mayoría de los académicos. Pronóstico: indispensable."*

A las ocho y veinte, según le contó Zoé más tarde, la secretaria del departamento de psicología recibió un sobre manila de manos del conserje del edificio, quien explicó haberlo encontrado en la caja de archivo rezagado del pasillo B durante su ronda matutina. La secretaria lo abrió, identificó el contenido, y fue directamente al despacho del profesor Miranda. La noticia se extendió por el departamento antes de las nueve: los exámenes habían aparecido. Mezclados con material del semestre anterior. Un lamentable error administrativo. Nada más.

Nadie preguntó demasiado.

Las instituciones, como las personas, prefieren una explicación aburrida a una verdad incómoda.

Zoé apareció con dos cafés y expresión de curiosidad insaciable.

—Lali, necesito que me cuentes qué pasó realmente. Y no me vengas con lo del archivo mal etiquetado.

—¿Por qué no me crees?

—Porque te conozco. Cuando dices la versión oficial con esa sonrisa específica, significa que estás protegiendo la verdad real.

Lalita la miró un momento y sonrió.

—Eres demasiado perceptiva para tu propio bien.

—Aprendí de la mejor. Ahora habla.

Le contó todo: Rodrigo, su amor silencioso por Lucía, los exámenes en el compartimento equivocado de la mochila, la semana entera de angustia autoimpuesta, la confesión en la biblioteca. Y la conversación con Celestino, que Zoé escuchó con los ojos cada vez más abiertos.

—O sea que usaste al conserje para que los "encontrara" oficialmente.

—No lo usé solo le pedí un favor con información completa y él tomó su propia decisión.

—Eso es exactamente usar a alguien.

—Te equivocas, es exactamente confiar en alguien. Son cosas distintas.

Zoé procesó esto un momento.

—¿Y no te sientes mal por haber mentido al profesor?

—Me sentiría peor por decir una verdad que no arregla nada y destruye la vida de alguien que ya pagó su error con una semana de insomnio. A veces la compasión es más honesta que los hechos.

—Eso suena a justificación psicológica.

—Porque lo es. Pero eso no la hace incorrecta.

Su primera parada fue el despacho del profesor Miranda. Lo encontró ordenando papeles con una energía que no había visto en toda la semana. Cuando la vio entrar, sonrió con genuina calidez.

—Señorita Thompson. Justo pensaba en usted.

—¿En términos clínicos o personales?

—Ambos, supongo. Quería agradecerle. Sé que hizo más de lo que pudiera aceptar haber hecho.

Lalita se sentó y sonrió. El profesor “sabía” su verdad, pero jamás la aceptaría como la única verdad.

—Mi querido profesor, solo recuerde que las cosas suelen estar en los lugares menos lógicos

—Aun así. Esta semana fue difícil. Empecé a dudar de mí mismo, de si merezco estar aquí. Eso no se lo deseo a nadie.

—¿Y ahora?

Miranda miró el techo un momento.

—Ahora me doy cuenta de que la inseguridad es parte del oficio. Nadie sabe realmente lo que hace. Algunos simplemente son mejores fingiendo que sí.

—Es lo más honesto que le he escuchado decir.

—La honestidad es un lujo que solo puedo permitirme después de sobrevivir al desastre.

—¿Qué hará diferente?

—Confiar menos en el sistema y más en las personas. Y dejar de poner tazas de café sobre documentos importantes.

—Eso ya es un progreso significativo.

Anotó al salir: *"Miranda. Resiliencia postraumática. Aprendizaje por experiencia. Pronóstico: favorable."*

La segunda visita fue más delicada. Encontró a Lucía en la biblioteca con una expresión menos agobiada que en días anteriores. Como si el aire a su alrededor pesara un poco menos.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor. Ya no me miran como si fuera una ladrona.

—A veces no hacer nada especial en el momento correcto es suficiente.

Lucía sonrió apenas.

—Tú siempre dices cosas raras que terminan sonando sabias.

Hubo un silencio cómodo. Luego Lucía frunció ligeramente el ceño.

—¿Tú sabes quién tomó realmente los exámenes?

—¿Por qué preguntas?

—Porque Rodrigo ha estado actuando muy raro. Más callado de lo normal, y eso ya es decir mucho.

Lalita eligió sus palabras con cuidado.

—A veces las personas hacen cosas torpes por razones que ni ellas mismas comprenden del todo. Y a veces lo más útil es dejar que esas cosas queden donde quedaron.

—¿Fue Rodrigo?

—No puedo confirmarlo ni negarlo. Pero si así fuera, ¿qué harías?

Lucía pensó antes de responder.

—Lo entendería. Rodrigo siempre ha sido demasiado servicial. A veces me preocupa que haga cosas por mí que yo nunca le pido.

—¿Y no te has preguntado por qué?

Lucía se sonrojó levemente.

—Sé que le gusto. No soy tonta. Pero no sé cómo manejarlo sin lastimarlo. Es más fácil no decir nada.

—¿Más fácil para quién?

La pregunta se quedó flotando entre las dos. Lucía no respondió de inmediato, pero era evidente que la escuchó.

—Háblale —dijo Lalita—. La claridad es más amable que la ambigüedad, aunque duela más en el momento. La ambigüedad solo pospone el dolor y lo hace crecer.

Lucía asintió con la expresión de quien acaba de escuchar algo que ya sabía pero necesitaba que alguien más dijera en voz alta.

Anotó: *"Lucía. Consciencia emergente. Capaz de honestidad afectiva si encuentra el valor. Pronóstico: depende de ella."*

La tercera visita era la que menos le apetecía pero la que más le importaba. Encontró a Daniel en el laboratorio, programando con concentración absoluta. Se sentó frente a él sin preámbulos.

—Daniel, vine a disculparme.

Él detuvo los dedos sobre el teclado.

—¿Perdón?

—Te consideré sospechoso principal durante varios días. Asumí que tu arrogancia implicaba culpabilidad. No fui precisa y quería decírtelo.

Daniel la miró con expresión ilegible.

—¿Por qué te disculpas? Yo habría llegado a la misma conclusión con los datos disponibles.

—Lo sé. Por eso me disculpo. Asumir lo peor cuando los datos son ambiguos es una decisión, no una conclusión. Y tomé esa decisión demasiado rápido.

Daniel sonrió con ironía genuina, la primera que Lalita le veía.

—Eres la primera persona que me pide disculpas con un argumento epistemológico.

—¿Las aceptas?

—Las acepto. Aunque no las necesitaba.

Antes de que Lalita se fuera, Daniel la detuvo.

—¿Quién fue realmente?

—Alguien que cometió un error pequeño por un motivo enorme para él. Nada que valga la pena recordar como crimen.

—A veces la estupidez es más peligrosa que la malicia.

—Exacto. Por eso es más fácil perdonarla.

Anotó al salir: *"Daniel. Inteligencia sin empatía pero con lógica ética propia. Pronóstico: será brillante o insoportable. Probablemente ambos."*

Al día siguiente encontró a Rodrigo solo en el jardín central, con expresión de quien carga el mundo en los hombros. Se sentó a su lado sin decir nada. Pasaron varios minutos en silencio antes de que él hablara.

—No puedo dejar de sentirme culpable.

—Lo sé. Es normal.

—¿Cuándo se va?

—Cuando te des cuenta de que ya pagaste el precio. Pasaste una semana sin dormir, angustiado, esperando ser descubierto. Eso es un castigo real aunque nadie más lo haya visto.

—Pero Lucía…

—Lucía está bien. Y si quieres hacer algo por ella, deja de cargar con culpas que ya cumplieron su función y empieza a vivir como alguien que aprendió algo.

Rodrigo la miró.

—¿Cómo hablas de cosas tan complicadas como si fueran simples?

—No son simples. Solo las descompongo en partes manejables. Es lo que hace cualquier persona que piensa con orden.

—¿Y qué debo hacer ahora?

—Ya lo sabes.

—Todavía no hablé con Lucía.

—Entonces hazlo hoy. No desde la culpa, desde la honestidad. Son cosas distintas y producen resultados completamente distintos.

Rodrigo sonrió por primera vez en días. Una sonrisa pequeña, pero real.

—Gracias, Lalita.

—No me agradezcas. Solo sé menos torpe la próxima vez.

Esa noche, en su dormitorio, Lalita abrió la libreta amarilla por última vez en este caso y escribió la entrada final:

"Conclusión: no hubo villano. Solo un joven torpe que quiso impresionar a alguien que ni siquiera lo veía, y una institución demasiado ocupada en su propio orgullo como para notar la diferencia entre un crimen y un error.

Los errores pequeños se vuelven tragedias solo en entornos llenos de presión. La culpa es útil únicamente si conduce a cambio; de lo contrario es peso muerto. Y a veces la justicia más efectiva no es la que castiga sino la que enseña.

Nota técnica: Celestino Vargas lleva dieciséis años siendo el único adulto funcional de esta universidad. Nadie lo sabe porque nadie lo mira.

En la UNVA, como en cualquier lugar donde conviven personas, los secretos no se esconden bajo tierra. Se esconden en compartimentos equivocados, en silencios que duran demasiado y en amores que nadie se atreve a nombrar. Lo que parece un crimen sofisticado es casi siempre un error humano con consecuencias desproporcionadas.

La mente humana es fascinante no por su perfección, sino por su capacidad infinita para complicar lo simple."

Cerró la libreta. La colocó en ángulo recto con el borde del escritorio. Apagó la lámpara.

Y sonrió para nadie, en la oscuridad.

Ya estaba lista para el siguiente caso.

Capítulo 8

Informe de campo: la mente humana y sus absurdos

Dos semanas después del caso del examen extraviado, la UNVA había vuelto a su rutina habitual de caos organizado y privilegios justificados. Los estudiantes se quejaban de los profesores, los profesores se quejaban del sistema, y el decano seguía viajando en helicóptero mientras daba conferencias sobre austeridad académica. Todo en orden, es decir, todo exactamente igual que siempre.

Lalita observaba esto desde su banca favorita bajo el árbol del jardín central, con su libreta amarilla abierta y una taza de café que había dejado enfriar por pura distracción. Era jueves por la tarde, y el sol de octubre caía con esa luz dorada que hacía que hasta la UNVA pareciera un lugar tolerable. Casi.

Había pasado los últimos días redactando sus observaciones finales sobre el caso con la misma meticulosidad con que habría escrito un reporte académico, porque para ella eso era exactamente lo que era. Cada caso era un laboratorio. Cada persona, un fenómeno a describir. Cada conclusión, una herramienta para entender mejor lo siguiente. Era el tipo de trabajo que la hacía sentir completamente en paz consigo misma: pensar con orden, escribir con precisión, cerrar lo que había abierto.

Zoé apareció con su mochila llena de libros y expresión de agotamiento existencial.

—Lali, necesito que me digas que todo este esfuerzo tiene sentido.

—Todo esfuerzo tiene sentido si aprendes algo. Aunque sea que no valía la pena el esfuerzo.

—Eso no es reconfortante.

—No busques sentirte mejor en mí. Busca honestidad.

Zoé se dejó caer en la banca con dramatismo practicado.

—¿Ya terminaste tu informe del caso?

—Casi. Solo me falta revisarlo una vez más.

—¿Una vez más o tres veces más?

Lalita la miró.

—Tres. Pero eso es información confidencial.

Abrió la libreta en las páginas que había estado llenando durante los últimos días y leyó en voz baja, como revisando por última vez antes de cerrar un expediente.

INFORME DE CAMPO: LA MENTE HUMANA Y SUS ABSURDOS *Por Eulalia "Lalita" Thompson Caso estudiado: La desaparición de los exámenes finales de Psicología Experimental II Duración de la investigación: 8 días Resultado: Resuelto sin exposición pública del responsable*

Introducción

El presente informe documenta un caso menor de sustracción de documentos académicos en la Universidad Nacional del Valle del Anáhuac. Aunque el incidente podría catalogarse como trivial —unos exámenes perdidos y luego encontrados—, su valor científico radica no en el crimen mismo sino en las reacciones que provocó. Este caso confirmó una hipótesis que sostengo desde el inicio de mi carrera: las instituciones no se enferman por sus estructuras sino por las neurosis de

quienes las habitan. Y las neurosis, bien observadas, siempre cuentan una historia más interesante que los hechos.

Observación 1: El pánico es contagioso. La verdad, no.

Durante los ocho días de investigación observé cómo un rumor se propagaba con más velocidad y convicción que cualquier hecho verificable. La gente prefiere una historia dramática a una explicación simple. Esto no es estupidez: es economía cognitiva. El cerebro humano está diseñado para detectar amenazas, no para procesar probabilidades. En términos prácticos, es más fácil creer que hay una conspiración que aceptar que alguien simplemente olvidó dónde puso algo. El ruido colectivo no busca la verdad; busca una narrativa que calme la ansiedad. Y cuando esa narrativa llega con detalles específicos —un precio, una plataforma, un nombre—, la gente la adopta sin verificarla porque los detalles dan la ilusión de certeza.

Observación 2: La culpa sin consecuencias es tortura voluntaria.

El verdadero responsable experimentó una semana de angustia autoimpuesta, no porque alguien lo persiguiera, sino porque él mismo se había convertido en su propio tribunal. Esto plantea una pregunta que todavía no resuelvo del todo: ¿cuánto sufrimiento es necesario para que un error se convierta en aprendizaje? En este caso, el sujeto pagó un precio emocional desproporcionado para un delito menor. La justicia institucional lo habría expulsado. La justicia natural lo torturó. Yo simplemente lo dejé aprender. ¿Cuál de las tres fue más justa? Aún lo pienso.

Observación 3: Las personas no mienten. Ocultan.

Durante mis conversaciones con los sospechosos, nadie me mintió directamente. Todos omitieron, desviaron o racionalizaron. Esto confirma que la mayoría de las personas no son moralmente corruptas, solo emocionalmente cobardes ante la incomodidad de la verdad. Es más fácil no decir algo que inventar una mentira coherente. Sebastián ocultó su resentimiento detrás del cinismo. Lucía ocultó su agotamiento detrás de la competencia. Daniel ocultó su soledad detrás de la arrogancia. Miranda ocultó su inseguridad detrás de la autoridad académica. Todos eran culpables de algo, pero no del crimen que investigaba.

Observación 4: El amor es el móvil más impredecible.

Los actos cometidos por amor —o por su fantasía— son los menos lógicos y los más difíciles de anticipar. Rodrigo no tomó los exámenes por ambición ni por venganza. Lo hizo porque quería ser visto por alguien que no lo veía. Eso me lleva a una conclusión incómoda: el amor no correspondido no solo causa dolor emocional, también causa errores de juicio con consecuencias que se multiplican en entornos de alta presión. No es estupidez. Es humanidad funcionando exactamente como está diseñada, con toda su irracionalidad incluida.

Observación 5: La justicia práctica vs. la justicia institucional.

Decidí no exponer al culpable por una razón simple: hacerlo no habría mejorado nada. El profesor recuperó sus exámenes, los estudiantes hicieron su evaluación, y el responsable aprendió una lección brutal. Exponer a Rodrigo habría satisfecho el deseo institucional de "hacer justicia", pero solo habría arruinado una vida sin beneficio real para nadie. A veces la compasión es más eficiente que el castigo, no porque sea moralmente superior sino porque produce mejores resultados a largo plazo. Eso no lo enseñan en ningún manual. Lo enseña la práctica.

Reflexión final

Los exámenes no se pierden. Se esconden detrás del inconsciente colectivo, de las mochilas olvidadas, de los gestos no dichos y de los amores que nadie se atreve a nombrar. Y cuando finalmente aparecen, nadie quiere admitir que el misterio era menos interesante que el caos que generó.

Este caso me enseñó algo que no estaba buscando: mi verdadera vocación no es estudiar psicología en un salón de clases sino descifrar el teatro mental de la vida cotidiana. Las personas no son problemas que resolver. Son enigmas que observar. Y yo, por alguna razón que todavía no comprendo del todo, disfruto inmensamente observarlos.

La mente humana es absurda no por su complejidad sino por su capacidad infinita para complicar lo simple. Construimos tragedias donde solo hay errores. Creamos villanos donde solo hay personas torpes. Y nos castigamos con más severidad que cualquier juez externo.

En otras palabras: somos nuestro propio experimento más fascinante.

Y yo seguiré tomando notas.

Lalita cerró la libreta con satisfacción y miró a Zoé, que había estado leyendo por encima de su hombro en silencio durante los últimos minutos.

—¿Y? ¿Qué opinas?

—Que eres brillante, perturbadora, y que probablemente terminarás siendo detective privada en lugar de terapeuta.

—¿Por qué no ambas?

—Porque los terapeutas no pueden decirles a sus pacientes que son idiotas funcionales.

—Pues deberían poder. Sería más honesto.

Zoé sonrió y sacó su teléfono.

—Por cierto, ¿viste el nuevo rumor que circula?

Lalita levantó una ceja.

—¿Ahora qué?

—Dicen que desapareció una tesis doctoral de la biblioteca. Nadie sabe cómo ni cuándo. Ya hay tres versiones: que la robaron para plagiarla, que el propio autor la destruyó por vergüenza, y que nunca existió y todo es un fraude académico montado por un profesor para justificar fondos de investigación.

Lalita sintió esa chispa familiar que solo los misterios humanos podían encender. La misma de siempre: pequeña, precisa, imposible de ignorar.

—Interesante —dijo, casi para sí misma.

—No, Lali. No.

—¿Qué?

—Ya sé esa cara. Es tu cara de "voy a investigar algo que no me incumbe para nada".

—Todo me incumbe si es suficientemente absurdo.

—¿Al menos puedo ser tu asistente en este caso?

—Siempre lo has sido. Tú solo lo llamas "ser mi mejor amiga".

Se levantaron de la banca. El sol ya bajaba, tiñendo el campus de naranjas y rosas que le daban a la UNVA un aire casi poético. Casi.

Mientras caminaban de regreso a los dormitorios, Lalita abrió una página nueva en su libreta amarilla y escribió con letra tranquila:

"Caso potencial: La tesis fantasma. Duración estimada: incierta. Nivel de absurdo esperado: alto. Probabilidad de involucrarme innecesariamente: 100%."

Sonrió para sí misma.

La universidad era un laboratorio infinito de comportamiento humano. Y mientras hubiera personas cometiendo errores absurdos por razones aún más absurdas, ella tendría material de estudio.

Porque el inconsciente gritaba.

Y Lalita Thompson había aprendido a escucharlo mejor que nadie.

Epílogo

El caso siguiente

Tres días después, Lalita supo que Rodrigo había hablado con Lucía.

No porque alguien se lo contara. Lo supo porque los vio cruzar juntos el jardín central a la hora del café tomados de la mano, sin prisa, con esa incomodidad particular de dos personas que acaban de decirse algo importante y todavía no saben bien qué hacer con ello. Era una incomodidad distinta a la culpa, más limpia, más honesta. La de quien finalmente dijo lo que tenía que decir y ahora espera, sin certeza pero sin mentira.

Lalita los observó desde su banca, cerró la libreta y pensó que algunas historias se resuelven solas cuando alguien simplemente se atreve a abrir la boca.

El profesor Miranda entregó los exámenes reformulados el viernes siguiente. Nadie reprobó. Nadie preguntó demasiado sobre lo ocurrido. Las instituciones, como las personas, prefieren olvidar los episodios que las hacen quedar mal.

Daniel Ochoa no volvió a sembrar rumores, al menos no ese semestre. Lalita no sabía si era porque había aprendido algo o porque simplemente había encontrado un experimento más interesante. Con Daniel era difícil distinguir el arrepentimiento de la distracción.

Y la UNVA siguió siendo la UNVA: ruidosa, contradictoria, llena de personas inteligentes cometiendo errores innecesarios por razones perfectamente humanas.

Exactamente el lugar correcto para alguien como Lalita Thompson.

Esa misma tarde, mientras caminaba hacia la biblioteca con su café ya frío y su libreta bajo el brazo, escuchó a dos estudiantes hablar en voz baja junto a la puerta de entrada.

—¿Ya supiste lo de la tesis del doctor Fuentes?

—¿Qué le pasó?

—Nadie lo sabe. Desapareció. Dicen que llevaba cuatro años trabajando en ella y de un día para otro no existe ningún registro. Ni en el sistema, ni en el archivo, ni en ningún lado. Como si nunca hubiera existido.

—¿Y el doctor Fuentes qué dice?

—Nada. Eso es lo raro. No ha dicho absolutamente nada.

Lalita se detuvo un segundo. Solo un segundo.

Luego abrió su libreta, escribió una línea y siguió caminando.

"Caso dos: La tesis fantasma. Empieza hoy."

En la siguiente aventura de Lalita Thompson:

Cuando la tesis doctoral del doctor Fuentes desaparece sin dejar rastro —ni en el sistema, ni en el archivo, ni en la memoria de quienes dicen haberla visto—, Lalita se adentra en un mundo donde el plagio, el miedo al fracaso y los egos académicos se mezclan de maneras inesperadas. Porque a veces lo que desaparece no son los documentos. Es la cordura colectiva de quienes los rodean.

"La tesis fantasma": segunda aventura de Eulalia "Lalita" Thompson.